



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

Escuela de Historia
Centro de Investigaciones Históricas de América Central
Postgrado Centroamericano en Historia
Número especial de Diálogos. Revista electrónica de Historia



La cacería en Costa Rica, una síntesis histórica desde la perspectiva de la CIA-Sur

Miembros del Consejo Editorial:
Dr. Ronny Viales, Dr. Juan José Marín

Editores Técnicos:
Allan Fonseca, Andrés Cruz, Gabriela Soto

X 9° CONGRESO
CENTROAMERICANO
DE HISTORIA
Universidad de Costa Rica

ISSN 1409- 469X

Fecha de recepción: 15 de mayo 2008
Fecha de aceptación: 30 de mayo 2008





La cacería en Costa Rica, una síntesis histórica desde la perspectiva de la CIA-Sur

Fabricio Carbonell e Isa Torrealba

Asociación sin fin de lucro *Meralvis*.
Tel/fax:+506- 22618276, email: ong_
meralvis@yahoo.com, Apdo. 1854-3000,
Heredia, Costa Rica. [http://www.geocities.com/
maralvis/Isa.Torrealba.html](http://www.geocities.com/maralvis/Isa.Torrealba.html)
[http://www.geocities.com/maralvis/Fabricio.
Carbonell.html](http://www.geocities.com/maralvis/Fabricio.Carbonell.html).

Doctorado en Ciencias Naturales para el
Desarrollo (DOCINADE). Programa inter-
universitario de Costa Rica (TEC, UNED,
UNA), México (UNAM, UACH), Nicaragua
(UNAN) y Cuba (UNICA, ICIDCA). Tel: +
506 2475-5310, docinade@itcr.ac.cr.

RESUMEN

Una visión histórica de la interrelación seres humanos-medioambiente, nos conduce ineludiblemente a la cacería. Si analizamos esta práctica ancestral desde una visión de Conservación Integral Alternativa desde el Sur; sabremos que los primeros nómadas en suelo nacional se dedicaron a la cacería de megafauna alrededor de los 10.000 a/C, usando puntas clovis en ecosistemas boscosos tropicales. En otras latitudes, la domesticación de animales como ovejas y vacas, ya había iniciado. Conforme las sociedades humanas se iban asentando (8.000-4.000 a/c) y organizando (4.000-1.000 a/c); se inicia y desarrolla el proceso de domesticación de plantas y surgen las primeras comunidades agrícolas. Cabe señalar que en este último período se encontraron herramientas de piedra más elaboradas y trabajos en huesos de animales cazados. Los primeros pueblos indígenas a partir de los 1.000 a/c, y luego desarrollados hasta los 1.500 d/c (siglo XVI), ya cazaban una gran variedad de animales propios del Neo-tropico, tales como pecaríes, jaguares, tapires, tepezcuintles y guacamayas; de hecho, su cosmovisión giraba en torno a la naturaleza. Paralelamente a estas actividades en Abya Yala (hoy América); en Europa, durante la edad media, los señores feudales conservaban áreas naturales para la cacería de zorros y lobos, y los animales domésticos cumplían un importante rol en la producción y alimentación. De allí que los españoles que conquistaron y sometieron estas tierras y su gente, tuvieran una visión diferente de lo que era progreso y medioambiente. Durante el siglo XVI, se introdujeron los primeros animales domésticos tales como caballos, vacas, cerdos, cabras y ovejas, iniciándose un proceso de transformación del uso del suelo para la cría de estos animales hacia fines de este siglo y surgieron entonces, los primeros asentamientos rurales urbanos al estilo español. Se sabe que aquí los españoles cazaban venados con armas de fuego; mientras que la población nativa seguía cazando con métodos tradicionales -flechas, arcos, cerbatanas y trampas- y había iniciado procesos de domesticación de pecaríes, tapires y aves silvestres. Durante los siglos XVII-XVIII, con procesos urbanos más concentrados, se fomenta la ganadería y los cultivos de tabaco y café; continúa la cacería de subsistencia y surge la cacería deportiva. En el siglo XIX, empiezan a llegar los primeros exploradores y naturalistas extranjeros y se funda el Museo Nacional, todos utilizando la caza científica como técnica de estudio. En el siglo XX, se forman los primeros clubes de caza deportiva de venado, se implementan leyes al respecto y surge la creación de las áreas protegidas y la firma de tratados internacionales, dentro de un marco político globalizado

de conservación en alianza con políticas neoliberales. Hoy día (inicios del siglo XXI), las leyes de cacería son cada vez más restrictivas, y se promueve el uso no consuntivo de la fauna silvestre por el turismo. Sin embargo, las prácticas ancestrales de cacería aún subsisten en los poblados rurales y forma parte de la identidad y diversidad biocultural de Costa Rica.

Palabras claves: CIA-Sur, cacería, historia ambiental, diversidad biocultural, desarrollo rural.

1- Introducción:

La relación de los seres humanos con el ambiente es ancestral e interdependiente, como se puede ver en las investigaciones relacionadas con la prehistoria, donde los ecosistemas naturales y los ciclos biogeoquímicos evolucionaban antes del desarrollo de las complejas sociedades humanas (Odum y Sarmiento 1998). En estas épocas, simplemente éramos parte del medioambiente ya que dependíamos de una manera más directa del mismo. Así, la historia de las sociedades humanas no puede desligarse de la naturaleza, en la medida que, obviarla, sería, ver sólo una parte del todo sistémico y llegar a conclusiones erróneas o parciales. De hecho, como veremos adelante, la caza bajo una visión histórica, social, política y biológica, integradas¹, se envolverá en una nueva dimensión para su valoración y reconocimiento en la historia de la humanidad y, en especial, de la región latinoamericana, representada aquí por Costa Rica.

2- Hacia la CIA-Sur

El desarrollo humano deber ir relacionado de manera integral con la conservación de su medioambiente y viceversa; ésta es la principal premisa para que ambos sean considerados como dos caras de una misma moneda en la llamada Conservación Integral Alternativa desde el Sur (i. e. Latinoamérica) (de aquí en adelante CIA-Sur). Por conservación entendemos un uso respetuoso de los recursos para la creación de un ambiente que permita el desarrollo de los grupos humanos actuales, a la vez que sustente un legado para los futuros, sobre la base de una equidad intra e intergeneracional.

¹ Al tratar de vislumbrar el por qué de varias tendencias de tal práctica ancestral, encontramos carencia de información dentro de esta temática; por tanto, pecamos por abarcar grandes períodos de tiempo cayendo a veces en generalizaciones. Pensamos, como dice el adagio chino “se debe conocer la historia del pasado, su lenguaje y sus acciones, ya que sólo así se logra armonizar el vivir del presente y, de esta manera también, se puede prever el futuro”.

Elaboramos las bases teóricas de la CIA-Sur –aquí sólo en un esbozo- tras las experiencias de 10 años de investigación con 26 proyectos socio-ambientales por parte de la ONG *Meralvis* (Mejorando al desarrollo rural regional a través de la conservación de la vida silvestre), principalmente en Costa Rica, Panamá y Perú (Torrealba y Carbonell 2007). Este enfoque, intenta ser integrador de ciencias, conocimientos, artes y disciplinas humanas, considerando además nuestra identidad y bagaje cultural. Así, para algunos podría parecer una aproximación pseudo-científica, para otros, por no pertenecer a ninguna “ciencia”, no “profundiza” de acuerdo a los diferentes paradigmas, escuelas de pensamiento y teorías que nos han obligado a “especializarnos” y por consiguiente, a perder el lenguaje para entendernos como sociedad e individuos en armonía con lo natural.

Entre los principales conceptos que sustentan a la CIA-Sur tenemos: 1-Desarrollo Sostenible desde el Sur basado en un crecimiento económico **limitado y equitativo**, 2- Biodiversidad y Diversidad Biocultural, donde ambas tienen que ser vistas de manera integrada, 3- Sistemas Complejos, con múltiples interrelaciones y conexiones, donde interesa más la forma y los patrones que la cantidad (su cuantificación) o su constitución (materiales que la forman), 4- Instituciones Sociales, los valores y fuerzas operantes al nivel individual que incluyen múltiples redes y conexiones intangibles, de poder y de liderazgo basadas en características culturales, en conjunto con las 5- Fuerzas Conductoras, valores grupales que operan sobre y entre los diversos sistemas, usualmente en una mediación político-económica, y que pueden forjar, parar o hacer retroceder algo, 6- Visión de Múltiples Partícipes o todos los entes sociales que forman parte de un problema enfocado -aun cuando no participen, 7- Racismo Medioambiental, cuando las decisiones de carácter medioambiental restringen o afectan el uso de los recursos naturales para un grupo de personas en particular, 8- Aprendizaje a No Aprender, a través del cual aprendemos a no ver holísticamente, 9- Políticas Medioambientales de la Gran Corporación Privada *sensu* Wallerstein y 10- *Duchicelam* en conjunto con *Kaklavetzá*, la primera es el respeto por la naturaleza que legendariamente han tenido muchos de nuestros pueblos autóctonos latinoamericanos, e implica nuestro deber de salvaguardar nuestra cultura e historia de conservación; *Kaklavetzá*, implica los poderes del viento, de la montaña, del agua, el fuego, los animales, la lluvia, las plantas, árboles y personas que viven un mismo territorio (es una palabra holística de la etnia Cabécar de Costa Rica, la cual que engloba los ecosistemas con el bienestar humano, en una interrelación de reciprocidad

y respeto, que se traduce en el bienestar indígena y el bienestar del ambiente). Estos conceptos son utilizados en el análisis general de la historia de la cacería para este artículo (más información en Torrealba y Carbonell, 2007 y en Carbonell y Torrealba, 2007).

3- Los orígenes de la cacería por los seres humanos

Desde tiempos prehistóricos la cacería ha sido una actividad vital; como biólogos vemos una posible relación evolutiva entre la depredación y la cacería. Sin embargo, muchos antropólogos parten del origen de la cacería en los homínidos a partir de la carroñería (comer animales muertos). A su vez, es posible entender a la carroñería, como una cierta forma de depredación y a la cacería, como un tipo refinado de ésta. Si la caza hubiera surgido como una derivación evolutiva de la depredación, es importante entender que una diferencia principal entre éstas, es el uso de artefactos elaborados para la obtención de la presa y muchas veces, mas no siempre, su preparación para consumo o uso. Sin embargo, vale notar que las formas de cacería primigenias - persecución, acorralamiento y agarre en grupos-, no requieren de herramienta alguna. Por tanto, antes de llegar al origen de la cacería en los primeros homínidos, debemos ir más atrás y llegar a la depredación.

La depredación, en el sentido más amplio de que un organismo mata a otro para alimentarse a sí mismo, es probablemente tan antigua y compleja como la vida misma; si bien se cree que la vida tuvo un único origen, la depredación se ha originado muchas veces a diferentes niveles de interacción entre los organismos (Bengston 2002). Adicionalmente, se piensa que la depredación es una poderosa fuerza evolutiva que ha variado desde su presencia en formas simples de vida en ecosistemas microbianos, hacia una depredación en cadenas alimenticias y ecosistemas muchísimo más complejos con consumidores de 1º y 2º orden, reconocidos por la aparición de los depredadores macrófagos hace unos 550 millones de años (**Ma**); sólo posteriormente se llega a reconocer a la relación depredación-presa como un acto entre animales, donde si la víctima pasa a formar parte del alimento del depredador, es una depredación exitosa (Bengston 2002).

Los Primates se diferenciaron en las distintas especies de simios y monos hace unos 15 **Ma**, y los primeros hominoides (e. g. *Sahelanthropus tchadensis*) aparecieron hace unos 6-7 **Ma** (Starr y Taggart, 2004). Así, se cree que el origen de los seres humanos actuales se remonta a más de 4 **Ma** atrás, a partir de los *Australopithecus* bi-pedales. Así como los monos y muchos simios sin cola son hoy principalmente vegetarianos, se piensa que los

Australopithecinos de donde derivó el género *Homo* –ya un carnívoro, además de un comedor de especies vegetales-, eran mayormente vegetarianos. Hace unos 3 **Ma** (Plioceno Medio), los bóvidos africanos que se dispersaron hacia Asia pudieron haber sido cazados o carroñeados por los *Homo* y ambos grupos pudieron haberse dispersado juntos (Larick y Ciochon 1996). Estos homínidos carroñeros ya tenían la inteligencia suficiente como para entender de dónde provenía la carne que comían.

Hace más de 2 **Ma** las evidencias de la caza escasean puesto que, como ya se dijo, la forma más simple de cacería (agarre tras una persecución) no necesita herramientas. La carroñería y la cacería podrían haber facilitado la supervivencia en ecosistemas del norte asiático carente de las plantas de los trópicos africanos. *Homo habilis* definitivamente fue un carroñeador, y posiblemente un cazador. Así, el comer carne permite una mayor dispersión hacia otras latitudes alcanzando nuevos nichos ecológicos; lo cual explicaría la exitosa diáspora en las diferentes regiones del mundo, con toda probabilidad, del primitivo *Homo* africano (Jacobs 2000). Además, las herramientas asociadas al registro fósil nos dan indicios de las actividades de cacería en los humanos primitivos; las más antiguas herramientas de los homínidos han sido asociadas con la carroñería, lo cual evidencia que comían carne. El género *Homo* tuvo herramientas *bifaciales rústicas* hace unos 2.0 **Ma**, éstas se diferenciaron luego en herramientas *bifaciales aqueulianas* hace unos 1.5 **Ma** en Etiopía y Tanzania, y hace unos 1.4 **Ma** en Israel (Jacobs 2000). Estas herramientas se han asociado con *Homo ergaster* o *Homo erectus* (Larick y Ciochon 1996).

Por lo general, se cree que nuestra especie humana actual (*Homo sapiens sapiens*) tuvo un origen único en África hace más de 100.000 años; sin embargo, algunos piensan que la evolución humana fue multiregional. Sea cual fuera el origen de nuestra especie, los primitivos *Homo sapiens*, al igual que otros homínidos relacionados como los gorilas y chimpancés de hoy, se alimentaban de una variedad de plantas, como frutas, bayas y raíces, que recolectaban, así como de animales que colectaban o cazaban, como caracoles o insectos. La interacción de los seres humanos con los animales, los hizo pasar de cazadores a cazadores selectivos y, posteriormente, a criadores de animales domésticos en grupos, luego a ganaderos nómadas y, finalmente, a agricultores (Gupta 2004), pero nunca abandonaron del todo a la caza.

Aunque hubo diversos centros de origen -todos en zonas tropicales-, se cree que la domesticación de plantas y animales comenzó hace unos 12.000 años en el holoceno temprano,

en Asia. Si bien hay polémica en cuanto a las fechas de aparición de una pre-agricultura o más propiamente una silvicultura; se cree que la agricultura surgió en el Oriente (Irán – Irak) hace al menos unos 11.000 años, donde las culturas Natufense y Karim-Shahir elaboraron instrumentos indicadores de la siembra de plantas. Otras áreas de agricultura aparecieron de manera independiente en Nueva Guinea, China, India y Abya Yala (hoy América). En cuanto a animales, posiblemente los primeros animales domesticados fueron los perros, seguidos de las cabras y ovejas. Se ha encontrado evidencia de que los perros fueron usados como animales de ayuda para la caza hace unos 14.000 años y de que las cabras y ovejas fueron domesticadas hace unos 11.000 años en la India (Gupta 2004). Sin embargo, vale notar que la transformación de cazadores a agricultores no eliminó la caza (pese los esfuerzos por eliminarla, todavía hoy subsiste), sino que la refinó y complejizó aún más.

Por ello, es importante no perder de vista que la caza tiene amplias implicaciones al nivel biológico y al social. Por ejemplo, al nivel biológico se sabe que el ser humano necesita un total de veinte aminoácidos, de los cuales, nueve deben ser aportados por la dieta. Estos nueve son los denominados aminoácidos esenciales, por lo que se recomienda que una tercera parte de las proteínas que comamos sean de origen animal (especialmente cuando infantes), y aunque ya desde los tiempos modernos se sabe que es posible estar bien nutrido sólo con proteínas vegetales, para que las proteínas vegetales sean completas debe saberse cómo mezclarlas y usar una amplia variedad de ellas no siempre fácilmente disponibles al nivel del mercado. Dado que el conjunto de los aminoácidos esenciales sólo está presente en las proteínas de origen animal, se considera que éstas son más nutritivas y completas que las de origen vegetal. Por su parte, al nivel social, la caza tiene múltiples alcances no sólo para las personas sino para los homínidos en general. Así, muchos simios sin cola mayormente vegetarianos practican la caza; por ejemplo, para los chimpancés machos la caza tiene un valor social más que nutricional ya que les sirve como táctica de cortejo (Heesy 2000).

4- Los inicios de la cacería en Abya Yala

Hacia el año 50.000 a/C: Hace unos 40.000 años a/C personas primitivas especializadas en cacería, empezaron a ocupar Abya Yala; estas personas se dedicaban además de la cacería, a la recolección y a la pesca. Aunque la evidencia de culturas humanas en el continente desde hace unos 35.000 a 50.000 años en Suramérica (como la aparición del hombre y las puntas de Monteverde, en Chile) hace pensar en la posibilidad de olas de

poblamientos procedentes de distintos lugares; ciertos autores mencionan que, en realidad, son tenues los indicios para fechar el poblamiento de Abya Yala en más de 20.000 años. Pese las imperfecciones del registro fósil para las reconstrucciones paleo-antropológicas, se han encontrado fuertes evidencias de la cultura paleoindia Clovis desde hace unos 13.000 años, fecha alrededor de la cual se estima que una gran ola humana procedente de Asia llegó para luego distribuirse ampliamente en lo que hoy llamamos Norteamérica. (Tauro del Pino 2001).

Hacia el año 11.000 a/C: Paul Martin (1973), citado por Hurtado de Mendoza (2002:32), asignó a los paleoindios el “descubrimiento de América” y la responsabilidad por la extinción de los megamamíferos del Pleistoceno debido a una “cacería indiscriminada”. Muchos piensan que los mastodontes y perezosos gigantes, entre otros, se extinguieron producto de la cacería con armas como huesos, madera y piedras en formas de cinceles, martillos, raspadores, machacadores y puntas de lanzas, destacando las puntas clovis² (Chaves 1997). No obstante, investigaciones actuales indican que cuando los paleoindios entraron en contacto con la megafauna del “Nuevo Mundo”, ésta ya había experimentado miles de años de procesos de extinción debido a razones climáticas (Hurtado de Mendoza 2002:32).

Hacia el año 6.000 a/C: Haciendo un análisis comparativo, hace unos 5.000 a/C ya Abya Yala se encontraba poblada y durante este período en la actual Europa comenzaba ya la domesticación de animales como ovejas, cerdos, cabras y vacas. En cuanto a la domesticación de animales, no se sabe tanto de Abya Yala. Si bien hacia el año 6.000 a/C se ha encontrado evidencia de la domesticación de plantas como el maíz y ciertos frijoles, respectivamente en Tehuacan y Ayacucho (México y Perú), actualmente la evidencia más antigua de domesticación de animales para el continente es de hace unos 4.000 años (2.000 a/C) y corresponde al cuy (cuilo, conejillo de indias, *Cavia sp.*) en el Perú (Gupta 2004).

Hacia el año 3.000 a/C: A partir del tercer milenio antes de Cristo aparecen los grandes imperios en China, India, Egipto, Mesopotamia, Creta, Turquía, Celtas, Persa y Roma; aunque en éstos la ganadería y crianza de animales domesticados cumplía un rol importante, igualmente continuaba la cacería de especies de tales continentes. En Abya-Yala, es importante rescatar las culturas Olmeca, Wari y Tiahuanaco en el Golfo de México, Perú y Bolivia respectivamente, cuya cosmología de la naturaleza y sus animales marca el desarrollo de tales sociedades; aquí la cosmovisión indígena se origina en una concepción de

2 Las clovis son puntas líticas acanaladas de 10 a 12 cm de largo, casi perfectamente simétricas, bifaciales y filudas, mortíferas para sus presas.

totalidad de la persona con la naturaleza (Corrales 2001). Desde los 2.000 a/C, empezaron las primeras manifestaciones de producción de alimentos en una agricultura “más moderna”; posteriormente, las aldeas fundamentadas en parentesco y afinidad, poco a poco fueron permitiendo una cada vez mayor segmentación con gran intercambio de bienes. Durante este período, ubicado entre 1.000 a 700 a/C, se encontraron herramientas de piedra más elaboradas y trabajos en huesos de animales cazados indicativos de la coexistencia de la caza y la agricultura (Corrales 2001).

En cuanto a Costa Rica, el actual territorio costarricense, fue ocupado entre los 12.000 y 8.000 a/C, en paisajes dominados por bosques tropicales (Molina y Palmer 2005). Conforme las sociedades humanas se iban asentando (8.000-4.000 a/c) y organizando (4.000-1.000 a/c), se inicia y desarrolla el proceso de domesticación de plantas y surgen las primeras comunidades agrícolas (Molina y Palmer 2005). Similar a otras partes del continente, la caza y la recolección, fueron actividades integradas. Con el paso del tiempo, las sociedades, organizadas en bandas de desplazamientos, iban transformando la caza y recolección en novedosas actividades productivas derivadas de un creciente conocimiento de su ambiente y nuevos tipos de organización social, suficientes como para dar un salto cualitativo en la relación con el medioambiente (Chaves 1997).

5- La cacería antes de la expansión Europea

5.1- La cacería en Abya Yala antes de los Europeos (1.000 a/C – 1.491 d/C)

Según las evidencias arqueológicas, se cree que en Abya Yala las sociedades que dieron origen a las cacicales, hoy llamadas indígenas, aparecieron alrededor de los 1.000 a/C, durante el período aldeano igualitario, para llegar a establecer grandes sociedades hacia los 1.400 d/C (Corrales 2001). El sistema de vegecultura o agricultura a pequeña escala, considerado como el más antiguo, es el cultivo de raíces como la yuca, el camote y el ñame, incluyendo el aprovechamiento de ciertos árboles como el aguacate, el nance y ciertas palmas. Durante este período, se ha encontrado evidencia de una intensa extracción de moluscos como pianguas (*Anadara tuberculosa*) y cambutes (*Strombidae*) de manglares en ciertas épocas y lugares del continente, así como de la pesca de atunes, tiburones, jureles y pargos. Los restos de estas especies formaron cúmulos de basura o concheros cerca de las viviendas, lo cual confirma la cosmovisión indígena americana en torno a la naturaleza (Corrales 2001). Luego, entre los siglos X al XV, el sistema de semillas o milpa, asociado al maíz, frijol y ayotes (cucurbitáceas),

produjo cambios en la organización y sedentarismo de las sociedades y en el desarrollo de otras actividades como la artesanía, con variados efectos en los ecosistemas dónde estas actividades se desarrollaron (Corrales 2001: 23).

Además de la agricultura y la pesca, la caza siempre constituyó una actividad importante; esto se sabe por los restos de huesos hallados de una gran variedad de especies propias del Neotrópico, tales como: pecaríes, jaguares, tapires, tepezcuintles, guacamayas, venado, garrobos, pavones, iguanas y tortugas terrestres. Además de la escasez de evidencias y estudios, los prejuicios entre los que nos encontramos atrapados los científicos de las diversas ramas, imposibilitan una reconstrucción fácil y certera de la historia. Así, hoy se especula que a la llegada de los españoles el Amazonas no era una gran selva pristina, sino un complejo parque boscoso cultivado cuya “agricultura en silvestría” no era evidenciable por parte de los hombres ibéricos; esto se sabe porque se ha encontrado evidencia de complejos patrones de asentamiento regional que alteraron el bosque entre los 1.250 y 1.600 d/C en Xingu (Amazonas superior, Mato Grosso, Brasil) (Heckenberger *et al.* 2003, Mann 2006). Por tanto, especulamos que para esta época deben haber recursos culturales asociados a la cacería en Abya Yala. Por ejemplo, en Norteamérica se han encontrado pictografías de aves y sus ceremonias de caza entre los 1.000 a/C y los 1.500 d/C (Ducey 2008).

Las sociedades cacicales de Costa Rica antes de la llegada de los españoles, heredaron formas de vida de épocas antiguas pero, a su vez, presentaron atributos y funcionamiento distintos, propios de sociedades más complejas, tales como el desarrollo de la religión, las lenguas, conocimientos, los mitos, las creencias, las actividades productivas, el comercio y su organización sociopolítica. Hacia el año 1.491 Costa Rica tenía una población indígena de unas 400.000 personas, viviendo en unos 20 cacicazgos y tres señoríos. Los asentamientos alcanzaban cierto grado de desarrollo, utilizando las piedras, madera y hojas para su construcción, similar a lo que podemos observar actualmente en Guayabo. La cacería prefería chanchos de monte, venados, dantas, conejos y aves; otros se cazaban además por sus pieles: iguanas, jaguares. Entre la fauna los chanchos de monte y las dantas ya estaban pre-domesticados y vivían en una estrecha relación con las personas; incluso les siguen por todas partes cuando son apresados jóvenes y llevados a convivir con los humanos o cerca de ellos (Ibarra y Payne 1997).

La cosmovisión de los indígenas, la manera de concebirse a sí mismos y a los demás,

se origina en una concepción de totalidad del humano con la naturaleza, como parte de un sistema; dentro de esta forma de pensar, el principio de reciprocidad fomenta relaciones más equilibradas entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza; de allí, que si bien la tierra provee, algo debe dársele a cambio, no sólo a través de ceremonias sino en el efectivo cuidado que se prodiga a la flora y la fauna. Es en estas condiciones que los españoles arriban al país. El resto, lo sabemos, destrucción, genocidio, transculturación, sublevaciones y pérdida del conocimiento indígena hasta mediados del siglo XVII (Ibarra y Payne 1997).

5.2- La cacería en el resto del mundo entre los 1.000 a/C y 1.491 d/C

En el ciclo sumerio-egipcio-asirio-babilónico (iniciado hacia el 3.000 a/C) surge el concepto deportivo de la caza. Aquí, la actividad cinegética se convirtió en un acto social más, dotándose para su desarrollo de perros, caballos y armas propias. La piedra y el hueso fueron sustituidos por los metales; el hacha de dos filos, la espada y el puñal ejemplifican algunas de las armas metálicas dedicadas a la caza. Sin embargo, trampas y redes siguieron empleándose para capturar ciervos, jabalíes, liebres y perdices, entre otros. Es en estos momentos cuando figura el primer cazador legendario mencionado en la Biblia: Nemrod o Nimrod, fundador de Babilonia (2.500 a/C) y nominado “poderoso cazador”. Entonces la caza del venado se tenía actividad deportiva, preparatoria para la guerra (Safarilife 2008).

Muchos animales silvestres eran cazados y utilizados en los anfiteatros romanos (Blázquez 2006) y en las grandes civilizaciones griegas. En etapas más avanzadas, durante los siglos IV a VII, los señores feudales conservaban áreas naturales para la cacería de zorros y lobos, y los animales domésticos continuaban con un rol importante para la producción y alimentación. Más adelante, pese los grandes cambios acaecidos durante la Edad Media (476 - 1.491 d/C), las personas continuaron cazando (principalmente hombres). El Medioevo fue una época proclive para las leyendas, como la santificación del obispo y cazador Humberto (murió en el 727 d/C), quien colocó en la cuerna de un venado un crucifijo redentor y hoy se tiene como patrono de los cazadores cristianos. A lo largo de este período, armas y técnicas sufrieron pocas alteraciones, siendo la ballesta la innovación más reseñable. Esta modificación del arco, dada a conocer a fines del siglo XI, tuvo su edad de oro entre los siglos XIV y el XV. Para la caza menor (animales pequeños y medianos como aves y zorros) se hacían ballestas especiales, y las dedicadas a la caza mayor (leones, elefantes, venados), eran más grandes y potentes (Safarilife 2008). Por esta época en Europa fueron desarrolladas otras formas de caza,

tales como la *cetrería* o cacería con aves rapaces, proveniente del Oriente y la *montería con grandes lebreles* (perros corredores) sobre osos, jabalíes, venados y lobos. La cetrería subsiste aún, pero su mayor auge se dio en Europa entre los siglos VI y XVI (Safarilife 2008).

En los postreros años del siglo XV, como consecuencia del incremento de población en las ciudades, las masas forestales europeas y asiáticas empezaron a sufrir una deforestación constante. La pérdida de los bosques fue un duro golpe para varias especies cinegéticas, caso del oso y del venado, aunque al llevar aparejado un crecimiento de los sembradíos supuso un incremento de las poblaciones de jabalíes y lobos (Safarilife 2008).

6- La cacería tras la expansión europea

6.1- La cacería en Abya Yala tras la llegada de los Europeos (1.492 – 1.800 d/C)

Los primeros españoles que llegaron al continente percibían además de la tierra, a sus animales, al clima tropical y a la exuberante vegetación como un obstáculo para sus avances de dominación; pero, a la vez, como una de las muchas dádivas de un paraíso terrenal, sin los rigores del frío, con abundantes frutos, indígenas amistosos y cacería para saciar su hambre y necesidad de cuero. Así, los animales eran percibidos desde un punto de vista utilitario, presente en las descripciones de cronistas y exploradores de la época. No obstante, también fueron catalogados por algunos como animales dañinos, fieros e imperfectos (Ferreira 2004).

Cada descripción de una especie se basa en lo ya conocido por ellos creando seres híbridos, como el relato hecho por un misionero calvinista francés, Jean de Lery (1534-1611). De Lery, en un viaje al Brasil en 1578, lista los animales silvestres del país y describe a la danta o tapir, como un tipo de centauro, medio asno y medio vaca: “*O primeiro e mais comum é o tapirussú de pêlo avermelhado e assaz comprido, do tamanho mais ou menos de uma vaca, mas sem chifres, com pescoço mais curto, orelhas mais longas e pendentes, pernas mais finas e pé inteiriço com a forma de casco de asno. Pode-se dizer que, participando de um e outro animal, é semivaca e semi-asno. Difere entretanto de ambos pela cauda, que é muito curta (há aqui na América inúmeras alimárias sem cauda), pelos dentes que são cortantes e aguçados; não é entretanto animal perigoso, pois só se defende fugindo*” (Lery, 1980: 135).

Igualmente, Hernando Colón (hijo de Cristóbal Colón), narra en 1502 su admiración por un animal desconocido, quizá un yaguarondi: “*Entre otros animales de aquella tierra hay algunos animales de color gris, del tamaño de un lebrél pequeño, pero con la cola más larga, y tan fuerte que cogiendo algo con ella, parecía que estaba atado con una cuerda. Andan*

éstos por los árboles como ardillas, saltando de unos a otros, y cuando dan el salto, no sólo se agarran a las ramas con las manos, sino también con la cola, de la cual muchas veces quedan colgados, como por juego y descanso” (González y Zeledón 1999).

Entre 1561 y 1660, llegan esclavos negros al Valle Central y al Caribe de Costa Rica. Estos esclavos fueron los primeros afro-descendientes que habitaron el territorio dando lugar al mestizaje e intercambio cultural con los indígenas del Caribe; la mayoría de ellos eran Bantúes procedentes de la cuenca del Congo, en el África Central Occidental (Vargas 2000, Fournier 2000). En las tradiciones africanas, la tortuga marina es un ser mitológico, una deidad situada entre la tierra y el mar, su carácter mítico se relaciona con su longevidad y con la sabiduría necesaria para desplazarse en dos medios opuestos, de allí que los esclavos que huyeron desde el Valle Central o de las colonias Británicas hacia el Caribe costarricense dieron continuidad a las tradiciones espirituales africanas (Vargas 2000). Esta tradición de espiritualidad, la tortuga-deidad, coexistió en esos años junto con las tradiciones indígenas. Los *Misquitos*, pobladores de la costa Caribe al norte de Costa Rica, desde antes de la llegada de los españoles eran hábiles cazadores de tortuga y tenían predilección por ese alimento (Vargas 2000). Además, en la tradición Bribri y Cabécar (etnias costarricenses), la tortuga verde, tiene un dueño al que debe solicitársele permiso para cazarla, prometiéndole no desperdiciar su carne y sus huevos.

Al respecto, los indígenas costarricenses tienen variadas historias de su relación con los animales, los bosques y mares y ríos, como aquél que narra sobre los dueños de los animales. *...Hay muchos dueños y dueñas, siempre es una pareja la que cuida de los animales, como decir rey y reyna; tienen distintos nombres; está Dwarkobormiasucha, es el Rey de los pajaritos, de los pájaros de montaña y los dueños de la danta, del saíno y del cabro de monte, esos son Dwarkoboro y dwarkoetmí, hombre y mujer. Los dueños del venado son Siwikoboromiasú y su esposa; y los Arabrú, los duendes, son los dueños de los monos, las guatusas y otros animalitos pequeños. Los dueños de los animales son poderosos, viven en grandes casas debajo de la tierra, debajo de los altos picos: Kámuk y del Utyum y del Dúrika, allí viven. Y los que cuidan los animales de la llanura viven debajo de las lagunas, en casas muy bonitas, con hamacas de colores. Cuando se va a cazar al venado, a la danta o al saíno, hay que ir con el “awá”. El baila y canta, y los animales salen; él los llama con más cantos y se acercan sin miedo. Los tkorma, los cazadores, estamos escondidos...cuando llegan los animales podemos cazar uno o dos o más según lo que diga el “awá” que tenemos permiso*

para tomar, los que nos permiten los dueños de los animales... (Férreto 1985: 54).

En el transcurso del siglo XVIII, Costa Rica fue transformada por la expansión de la frontera agrícola, el desarrollo de la ganadería, el comercio y el crecimiento de grandes centros poblados como Cartago, Heredia, San José y Alajuela (Molina y Palmer 2005). Quedan, seguramente, muchos relatos de la cacería en este período (1.701-1.800), dignos de investigar y rescatar.

6.2.- La cacería en el resto del mundo entre lo 1.492 y 1.800 d/C

A pesar de lo incierto del origen de la pólvora, los últimos estudios apuntan a los árabes españoles como los primeros que la usaron con fines bélicos a partir de la segunda mitad del siglo XIV. Sin embargo, su aplicación para la caza del venado fue muy posterior (fines del XV). Aun durante el primer tercio del S XVI mantuvo su hegemonía la ballesta, era más precisa y silenciosa; en el segundo tercio convivieron ballesta y armas de fuego; y en el tercero la pólvora ganó posicionamiento. Las primeras armas de caza con pólvora comenzaron a usarse desde fines del siglo XVI hasta los inicios del XIX, cuando surgieron las armas de pistón y retrocarga, siendo la última la más exitosa (Safarilife 2008).

La generalización del uso de las armas de fuego (segunda mitad del XVI) hizo saltar la alarma al creerse que se iba a acabar con la caza en general. Es por ello que Carlos I, a través de la Pragmática de 1527, y Felipe III, con la Ley de 1611, intentaron poner límite al retroceso cinegético en España. Sin embargo, en la Ley de 1617 se autorizaba la acción “venatoria” (caza del venado) a todo el mundo, autorización refrendada casi dos siglos después por la Ley de 1804. Así pues, hasta los estratos sociales más humildes podían disponer de armas y cazar libremente (Safarilife 2008).

Las armas de fuego propiciaron la aparición de nuevas técnicas de caza. En la caza menor, el arcabuz con perdigones fue el gran enemigo de conejos y liebres, pero sobre todo de las aves objeto de interés cinegético. El tiro al vuelo, imposible con arcos y ballestas, motivó a mediados del siglo XVII un libro versado en esta modalidad. Fruto del tiro al vuelo, surgieron los perros de parada, es decir, aquéllos que señalaban el lugar donde estaban ocultas las piezas hasta la llegada del cazador. En la mayor, la escopeta y la carabina rayada sustituyeron al venablo (especie de lanza arrojadiza) y a la ballesta. Aunque la carabina era más adecuada para la caza mayor, el cazador español prefería las armas de ánima lisa por la alternancia de especies de caza mayor y menor (Safarilife 2008).

7- La cacería tras el nacimiento de la sociedad industrial (S XIX – XXI)

7.1 La cacería moderna en Abya Yala (1.801- hoy)

En el siglo XIX, cuando Costa Rica logra la independencia de España en 1.821, la cacería indígena y la cacería de tortugas en el Caribe por descendientes antillanos continuaban. No obstante, en las ciudades la separación mental de nuestro vínculo con la naturaleza se torna evidente y preocupante. Europa y la comunidad científica internacional logran imponer su visión del mundo, de la naturaleza, de la fauna, del desarrollo y de la economía. Había mucha ignorancia científica en cuanto a los ecosistemas. Por ejemplo, en 1883, el temor a una epidemia de cólera llevó a las autoridades a la tala de bosques que se creía infectaban la atmósfera; en contraste, la carencia de madera de construcción en las provincias centrales llevó a un decreto de reforestación (Fournier 2000). Muchas leyes promulgadas en esta época fueron nefastas para la flora y fauna costarricenses, pues con la tala de bosques se eliminaron ecosistemas naturales y sus especies; se impuso una visión de la tierra natural como ociosa o “improductiva”, cuyo único rédito era su producción agrícola o ganadera.

Durante estos años, empezaron a llegar naturalistas extranjeros entrenados en la cacería, llamada por ellos “recolección o colecta científica”: Entre estos tenemos a Julius von Marscewicz, Carl Bovallius, Henry Pittier y Paul Biolley, entre otros. Tal cacería científica nace a partir de la curiosidad de occidente por estudiar y clasificar los seres vivos; es así que los primeros naturalistas iban acumulando colecciones de animales muertos en los museos de Europa. Un famoso representante de esta forma de estudiar a los seres vivos fue Charles Darwin, uno de los primeros científicos de la evolución. Hasta nuestros días, la cacería científica es una técnica aceptada y se practica en todos los museos del mundo por científicos del área de la zoología y otras; en contraste con otros tipos de cacería, tácita y abiertamente, se asume que la cacería científica no es excesiva, ni perjudicial.

Un relato de la época nos ilustra sobre las colecciones científicas en el país: *...Día tras días crecían mis colecciones con interesantes novedades, pero mucho tiempo había perseguido la caza de un pájaro misterioso, que aquí recibía el nombre de “paloma blanca”, aunque era más parecido a un halcón, que se mantenía sobre la cima de los árboles más altos: naturalmente esto despertó mucho mi curiosidad y puse un premio de cuatro dólares para ese de mis huleros que pudiese tirar un ejemplar. Grande fue mi alegría por lo tanto, cuando un día, al regreso de una excursión, encontré la mencionada paloma blanca sobre mi mesa. Había sido tirada por Herr Schütt en Pacuarito, un afluente del río Pacuare... (Bovallius 1993: 14).*

En el siglo XIX, época de la expansión del café, la batalla contra los filibusteros, y los grandes movimientos sociales por el poder tras la independencia del país, la ganadería y la agricultura comercial eran promovidas en las tierras “improductivas”, mientras que en el campo la cacería de subsistencia continuaba. La cacería deportiva inició formalmente en 1854, con la primera temporada de caza de venado en la provincia de Guanacaste, seguida tres años después de castigos importantes en un desesperado intento de cumplimiento de leyes que buscaban proteger a esa especie que estaba en “peligro de extinción” (Méndez y Monge-Nájera 2003:220). En las ciudades, el sector estudiado promovía la cacería científica para el estudio de la biodiversidad nacional, como la obra de Anastasio Alfaro, costarricense que aportó valiosos estudios sobre la biodiversidad, arqueología, clima, geografía y cultura nacional. Así, hubo un despertar de los naturalistas costarricenses que ya no estaban sólo preocupados por la explotación de los ecosistemas, sino que se interesaban en la contratación de científicos extranjeros para que ayudaran a la construcción de la historia natural (Méndez y Monge-Nájera : 2003: 230).

En Costa Rica el siglo XX inicia con una cacería en desarrollo y ampliamente utilizada, no sólo en su forma domesticada a merced de la lógica del mercado (ganadería, animales para carga, huevos, cueros, plumas, medicinas, leche, queso y mascotas en todas sus formas); sino también, en su forma silvestre, en las áreas naturales. Tal cacería formaría parte de la identidad cultural de las comunidades rurales y de cazadores urbanos; así, se puede hablar de cacería deportiva, científica, comercial, para el control de plagas, para cautiverio y de subsistencia, ya sea legal o ilegal y realizada por los diferentes estratos sociales con diversas técnicas y clases de armas (Carbonell 2001). Al nivel cultural, las tradiciones, expresiones artísticas, mitos, creencias y actividades económicas, reflejan que las relaciones con los animales están muy arraigadas en la identidad del costarricense, que dependiendo de su estatus y lugar de procedencia tendrá una concepción más utilitaria o más preservacionista. Al respecto, cabe señalar el fomento, a partir de la cultura nacional de los 1990s, de zocriaderos para el aprovechamiento de animales silvestres en la forma de alimento y cuero, entre otros (Carbonell 2001, Carbonell *et al.* 2004).

Los cazadores, personas de instinto aventurero, fueron los segundos -después de los indígenas-, quienes “descubrieron” los volcanes, las cataratas y las áreas de excepcional belleza, que posteriormente pasarían a ser parte de las áreas protegidas; sus caminos a

bosque traviesa para emboscar a la presa, se convirtieron en senderos turísticos. Entre las principales asociaciones de cazadores que subsistieron en esta época, están: la *Asociación Cartaginesa de Caza, Tiro y Pesca* y la *Asociación Nacional de Cazadores*, que reúnen a cazadores acomodados del Valle Central dedicados a la caza deportiva de venados y palomas, organizando torneos y concursos entre sus asociados. También cabe señalar a la *Asociación de Cazadores de Setilleros de Cartago*, bajo la dirección de Oscar Quesada, que agrupa a personas de clase media y origen humilde dedicados a la cacería de pájaros jilgueros, semilleros, aves canoras y de plumaje para su cría en cautiverio (Carbonell *et al.* 2004).

No obstante, es necesario indicar que en lugares de poco control, ciertos cazadores abusan y sobre-cazan, mientras que otros se organizan y trafican con especies amenazadas en perjuicio de la biodiversidad. Por otro lado, surgen leyes que promueven la protección del ambiente; destacando la Ley Indígena (1977), la Ley de la Zona Marítimo-terrestre (1977), la Ley Forestal (1995), la Ley de Vida Silvestre (1992), la Ley Orgánica del Ambiente (1995) y la Ley de Biodiversidad (1998), entre las más importantes. Esto, sin considerar una serie de decretos ejecutivos relacionados con el aprovechamiento de los recursos y la regulación de la cacería (Carbonell 2001). Al nivel científico-académico, continúa la “colecta” científica para los museos y para estudios. En América latina, se fomenta el “uso sostenible” de la fauna silvestre, luego de que grandes poblaciones de especies, tales como las tortugas de río y los cocodrilos, entre otros, fueran diezmados sistemáticamente para su comercialización, bajo la lógica de acumulación del mercado del siglo XX (Ojasti 1995), especialmente hasta los 1970s. Por su parte, Estados Unidos lidera los procesos de “manejo de vida silvestre” con fines deportivos (Peyton 2000).

A la vez, en los 1970s empiezan las grandes preocupaciones por la conservación, la creación de áreas protegidas, la protección de la biodiversidad y, posteriormente, el cambio climático a nivel mundial, plasmados en convenciones y tratados internacionales (Carbonell 2001). Aquí se destaca un aspecto que vale la pena rescatar, el cual es distinguir los conceptos de preservación y conservación que se manejan con poco rigor e indistintamente. En efecto, el primero se asocia con la idea de la **exclusión** de la intervención humana en la naturaleza y el segundo con un **uso respetuoso**, más eficiente y sostenido de los recursos naturales. La conservación tiene su origen en el cuidado ancestral de los recursos naturales; la preservación, fue expresada en la creación de parques y áreas protegidas en el siglo XX (Palacio 2001).

Además, una investigación hecha sobre la relación entre imperialismo y cacería del siglo XIX y XX, sugiere que las raíces del ambientalismo moderno están vinculadas a las experiencias imperiales de Gran Bretaña, con las islas del Caribe en el siglo XVIII, y con África en el XIX. Éste, es también el caso del imperialismo francés, alemán y belga en África, y del imperialismo de los Estados Unidos durante los siglos XIX y XX. Muchos aristócratas y plutócratas, europeos en el primer caso y americanos en el segundo, fueron los promotores de una redefinición de la naturaleza en defensa de las prácticas de cacería, puestas en peligro por la expansión de la civilización occidental (Palacio 2001).

De acuerdo a lo anterior vale la pena plasmar el caso de la prohibición de la cacería de la tortuga verde en el Caribe, caso indiscutible de racismo ambiental, enmascarado en la supuesta “conservación” de una especie en extinción. Si bien, en el país existe un caso de utilización de huevos de tortuga lora del Pacífico para beneficio de los pobladores de Ostional, ésta es una excepción basada en la “abundancia” de este recurso avalada por estudios científicos. El caso de la tortuga del caribe alcanza severa connotación político- racial. En febrero de 1999, La Corte Constitucional de Costa Rica, declaró la cuota legal de cosecha de tortugas verdes como inconstitucional, en respuesta a una acción legal promovida por grupos conservacionistas locales, nacionales y personas naturales (Vargas 2000). Con la anulación de la cacería legal, se buscaba favorecer a las poblaciones de las tortugas en extinción, sin considerar que los grupos sociales que salían desfavorecidos eran los de bajo recursos y aquellos que históricamente fueron excluidos y discriminados de la política pública; el pueblo caribeño, los negros de Limón y su cultura (Vargas 2000). No se logra mayor alcance si la tortuga no se captura en Costa Rica, pero sí en Nicaragua y en otras partes del mundo. Tampoco se tomó en cuenta que en realidad la gran amenaza a la tortuga verde era la economía de mercado y las políticas públicas nacionales de desarrollo y uso de los recursos naturales, cuya raíz está en la imposición del Neoliberalismo a ultranza.

La cacería a inicios del siglo XXI aún se practica en territorios indígenas y poblados campesinos aledaños a Áreas Protegidas y naturales. La normativa que la regula es obsoleta por carecer de estudios científicos y recursos para reglamentar, educar y organizar a los cazadores, así como controlar su práctica ilegal. No obstante, presenta un marcado rechazo por la comunidad urbana y académica en general, aduciendo además de la falta de estudios que la justifiquen, la “crueldad” innecesaria de esta práctica y que ya nadie caza para subsistir. De

hecho, la nueva ley de vida silvestre propuesta por ONGs ambientalistas intenta prohibir la cacería deportiva y la domesticación de la fauna silvestre, además de aumentar las sanciones a los cazadores ilegales y proclamar una “Declaración Universal por el Bienestar Animal” (Aprefflofas 2008). De allí, que no llama la atención que la práctica de la “lagarteada” realizada en Semana Santa por cazadores guanacastecos de origen humilde, enfrente fuertes presiones del Ministerio del Ambiente para su desmantelamiento y transformación. Se intenta reformar una práctica cultural con bases en la genética humana y en miles de años de co-evolución, mediante la legislación. Por otro lado, este modelo que limita a la cacería y su domesticación, favorece principalmente el consumo de animales domésticos, promovido por grandes transnacionales de alimentos y por una creciente uniformización alimentaria entre los países; se beneficia también al turismo y a las políticas internacionales de bioprospección y no se repara si dichas carnes provienen de animales alimentados a base de cultivos transgénicos o con alto insumo de agroquímicos, con su consecuente resultado en la salud humana (Torrealba y Carbonell 2008).

7.2 La cacería en el mundo a partir del siglo XIX (1.801 – hoy)

En el mundo la Revolución Francesa de 1789 constituyó un hito de influencia mundial contra los grupos hegemónicos, de privilegios aristocráticos, que no tardó en extrapolarse a otros países europeos, uno de ellos España. La caza dejó de ser un deporte casi exclusivo de la nobleza e iniciaron mejoras en las armas de retrocarga (escopetas y rifles) y en su munición; aparecieron múltiples complementos para el cazador, normativas legales específicas de caza (vedas, licencias de caza, permisos de armas, especies a cazar, perros, etc.) y, sobre todo, se crearon de órganos de representación de este colectivo. Posteriormente al siglo XVI, las colecciones científicas, fueron más ricas en lo que a historia natural se refiere, especialmente durante los siglos XIX y XX. Por ejemplo, las colecciones de Elás Asmole, en la Universidad de Oxford, y la de Sir Hans Sloan, formaron las bases del actual *British Museum* ((Safarilife 2008).

La cacería deportiva de animales silvestres al nivel mundial, logra afianzarse y evolucionar en países con largas tradiciones de caza como España, Inglaterra y Estados Unidos; otros países, como algunos del continente Africano, fomentaron las áreas de caza para el cazador extranjero. Así, la práctica de la cacería deportiva en muchos países en desarrollo intenta excluir el uso de la biodiversidad por las poblaciones locales y fomenta un negocio que

deja ganancias importantes a los intermediarios y dueños de fincas cinegéticas. Sin embargo, persiste la lucha continua entre ambientalistas y cazadores para regular, modificar y prohibir esta actividad en beneficio de las poblaciones animales en peligro de extinción y por un cambio de ética más contemplativa de la fauna silvestre, sin considerar que los principales centros de extinción de fauna son las grandes áreas urbanas, su desarrollo y evolución, lugares que han aislado mentalmente al ser humano del disfrute natural del medioambiente.

8- Conclusión:

A costa de la vida de otros seres vivos, y en una compleja interrelación de cultura, sociedad y naturaleza, vale reconocer que la cacería mantuvo a sociedades enteras en el pasado y que gracias a su legado de domesticación, se mantienen las gigantescas sociedades de hoy. El hecho de que la vida se perpetúe por medio de la muerte, puede haber marcado el inicio de la espiritualidad, la religión y del respeto por la presa cazada y el animal herido (Wade 2007); posteriormente estos valores fueron perdiéndose. Sus beneficios se pueden visibilizar a través de nuestros más elementales alimentos y mascotas, así como en el patrimonio natural y cultural de nuestro país.

El hecho de que, hoy en día, la cacería sea vista por la sociedad mayoritaria como una práctica censurable, indica el grado alarmante de una visión reduccionista de la naturaleza desvinculada del desarrollo cultural humano y el cambio hacia una percepción de la naturaleza más proteccionista e intocable; lo cual beneficia a sectores económicos exclusivos, tales como el turismo y la bioprospección, ambos señalados como nuevas fuentes de acumulación de riqueza dentro de las políticas económicas Neoliberales.

Urge reivindicar a la cacería y reconocerle el gran aporte que hizo a nuestra sociedad y a nuestra cultura y entablar un diálogo entre los diferentes sectores en la búsqueda de nuevas y vislumbradas o rescatadas, opciones y teorías. Una visión integral, nos muestra que la cacería permite una reproducción cultural para la identidad latina y es una alternativa a la búsqueda de ingresos económicos locales tendientes a la soberanía alimentaria, permitiendo así desarrollar una conservación endógena equitativa y respetuosa en sus percepciones sobre la vida y la muerte, sobre lo humano y lo natural, sin perder el respeto por lo natural.

9- Literatura Citada:

Aprefflofas. Asociación Preservacionista de Flora y Fauna Silvestre. 2008. Versión preliminar de la nueva ley de conservación de la vida silvestre. <http://www.aprefflofas.or.cr/>

Consultado el 10 de Mayo del 2008.

- Bengtson, S. 2002. Origins and early evolution of predation. *Paleontological Society Papers*, v. 8: 289-317
- Blázquez, J.M. 2006. Cacerías y juegos de toros en la antigüedad. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Antigua. Historia y arqueología de las civilizaciones Biblioteca virtual Miguel de Cervantes.
- Bovallius, C. 1993. En Talamanca 1882. I ed. San José, Ministerio de Cultura Juventud y Deportes. Heredia, C.R. 53p.
- Brenes, H. y O. Pérez. 2008. Minae negará permiso a 'lagarteadada' en Santa Cruz. Periódico La Nación. 13 de Febrero del 2008. San José, Costa Rica.
- Carbonell, F. 2001. Impacto social, económico y biológico de la cacería. En: Cacería y uso sostenible. Manual de Capacitación. (M. Di Mare y L. Piedra, eds.). INBio, SINAC, ACLAC-P. San José C.R.
- Carbonell, F. e I. Torrealba. 2007. La CIA-Sur: Estudios de caso para prevenir el colapso en Costa Rica. Ponencia y documento aceptados para el 3º Congreso Iberoamericano sobre Desarrollo y Ambiente (CISDA). UNA, Heredia-Costa Rica, Nov:5-9,
- Carbonell, F., P. Gastezzi e I. Torrealba. 2004. La cacería de aves canoras y de plumaje en las subregiones de Siquirres-Matina y Limón y recomendaciones para su gestión sostenible. Informe final. INBio, ACLAC-C, *Mervalvis* y *Maralvis* 2000 C.R.
- Chaves, S. 1997. La arqueología y los orígenes de nuestros antepasados. Nuestra Historia fascículo 2. EUNED. San José, C.R.
- Corrales, F. 2001. Los primeros costarricenses. Museo Nacional de Costa Rica. I ed. San José, C.R. 85 pp.
- Ducey, J. 2008. Birds depicted for centuries in rock art by native americans. Wildbirds broadcasting
<http://wildbirdsbroadcasting.blogspot.com/2008/01/birds-depicted-for-centuries-in-rock.html>
Consultado el 30 de Abril del 2008.
- Ferreira, R. 2004. Bestiário brasílico. A nossa fauna no imaginário colonial. História, sociedade e meio ambiente no Brasil. II Encontro daANPPAS ENANPPAS - Encontro da Associação Nacional de Pesquisa e Pós-Graduação em Ambiente e Sociedade. 26 a 29 de maio de 2004 Indaiatuba - São-Paulo – Brasil

http://www.anppas.org.br/encontro_anual/encontro2/GT/GT16/gt16_ricardo_ferreira.pdf

Consultado el 10 de Mayo del 2008.

Ferreto, A. 1985. La creación de la tierra y otras historias del buen Sibü y de los bribris.

EUNED. San José, C.R.. 72 pp.

Fournier, L. 2000. Desarrollo y perspectivas del movimiento conservacionista costarricense.

Editorial de la UCR. San José; CR.

González, F. y E. Zeledón (comp.). 1999. Crónicas y relatos para la historia de Puerto Limón.

MCJD, San José, C.R.

Gupta, A. 2004. Origin of agriculture and domestication of plants and animals linked to early

Holocene climate amelioration. *Current Science*, vol. 87, no. 1: 54-59.

Heesy, Ch. 2000. Can early hominid behavioral evolution be modeled on chimpanzee hunting

ecology?. *Evolutionary Anthropology* vol 9: 219-220.

Hurtado de Mendoza, L. 2002. Cap. III Desarrollo socioeconómico de la región de Guayabo

de Turrialba (tiempos prehispánicos). En: *Guayabo de Turrialba, una aldea prehispánica compleja*. MCJD San José, C.R. 174 pp.

Ibarra, E. y E. Payne. 1997. Costa Rica en el siglo XVI: de las sociedades cacicales a la

sociedad colonial. *Nuestra Historia* fascículo 4. EUNED. San José, CR. 84 pp.

Jacobs, J. 2000. Reflections on the Origins of Scavenging and Hunting in Early Hominids.

Paleoanthropology in the 1990's. Essays by James Q. Jacobs. <http://www.jqjacobs.net/anthro/paleo/scavenging.html> Consultado el 20 de Marzo del 2008.

Larick, R. y R.L. Ciochon. 1996. The African Emergence and Early Asian Dispersals of the

Genus Homo. <http://www.sigmaxi.org/amsci/articles/96articles/Larick.html>. Consultado el 20 de Marzo del 2008.

Lery, J. 1980. *Viagem à Terra do Brasil*. Belo Horizonte: Itatiaia; São Paulo: EDUSP. Brasil

Mann, C. 2006. 1491: New revelations of the Americas before Columbus. First Vintage Book Editions. Random House, USA

Mann, C. 2006. 1491: New revelations of the Americas before Columbus. First Vintage Book Editions. Random House, USA.

Méndez, V. y J. Monge-Nájera. (eds.) 2003. *Costa Rica, Historia Natural*, EUNED, San José.

C.R.

Molina, I. y S. Palmer. 2005. *The History of Costa Rica*. Editorial de la Universidad de Costa

Rica. San José, CR.

- Odum, E. y F. O. Sarmiento. 1980. Ecología. El puente entre ciencia y sociedad. Mc Graw – Hill Interamericana Editores. México 343 pp.
- Ojasti, J. 1995. Uso y conservación de la fauna silvestre en la Amazonía. Tratado de Cooperación Amazónica. Secretaría Pro-Tempore. Lima, Perú. 216pp.
- Palacio, G. 2001. En búsqueda de conceptos para una historiografía ambiental. Univ. Nacional/ICANH: 37-74. Colombia
<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/grupos/grupos/ecologia/germanpalacio.doc>
Consultado el 10 de Marzo del 2008
- Peyton, R. 2000. Wildlife management: cropping to manage or managing to crop?. Bull. Wild. Soc. 28(4): 774-789.
- Safarilife y la Federación Española de Caza. 2008. Historia de la caza. <http://www.fedecaza.com/esp/canalcaza/generalidades/historiacaza/> Consultado el 10 de Abril del 2008.
- Tauro del Pino, A. 2001. Enciclopedia Ilustrada del Perú, editorial Peisa, Lima, Perú. <http://www.poblamerica.blogspot.com/> Consultado el 30 de Abril del 2008.
- Torrealba, I. y F. Carbonell. 2008. Cia-Sur: exclusión de la diversidad bio-cultural y riesgos en las áreas silvestres protegidas- Costa Rica como reflejo de Latinoamérica. Ponencia aceptada para el simposio “Ecología, política y cultura en América Latina” del II Congreso Latinoamericano de Antropología, Costa Rica, del 28 al 31 de julio del 2008.
- Torrealba, I. y Carbonell, F. 2007. La CIA-Sur: Un panorama diferente de la conservación en Costa Rica. Ponencia para el 3º Congreso Iberoamericano sobre Desarrollo y Ambiente (CISDA). UNA, Heredia-Costa Rica, Nov:5-9,
- Vargas, E. 2000. Significados culturales de la tortuga verde (*Chelonia mydas*) en el caribe costarricense. En: Actitudes hacia la fauna silvestre en Latinoamérica. F. Nassar y R. Crane, eds. Bogotá, Colombia. 289 pp.
- Wade, D. 2007. Light at the edge of the world. Hunters of the Northern Ice. National Geographic Film.